

Darwin y la Biblia

Para muchos autores del pasado, y también del presente, la teoría de Charles Darwin sobre la evolución por selección natural no es conciliable con la Biblia, especialmente con los dos primeros capítulos del libro del Génesis, donde el autor bíblico narra la creación del universo y del ser humano. Ahora bien, no hay que olvidar que los textos de Génesis 1-2 son «relatos de los orígenes», es decir, relatos que, sin tener ninguna pretensión de científicidad, ofrecen una reflexión fundamental sobre el universo y el ser humano, sus relaciones recíprocas y su relación con Dios. El día sexto de la creación, Dios crea primero a los animales terrestres y luego al ser humano: el varón y la mujer. Así pues, el ser humano ha sido querido y creado por Dios sexualmente diferenciado; de ahí la perfecta igualdad y la idéntica dignidad que existe entre el varón y la mujer. Ambos ocupan el vértice de la creación y ambos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, es decir, son el reflejo de Dios en el mundo. Para utilizar otra metáfora, si Dios es esculpido en cada varón y en cada mujer, entonces en cada persona humana se puede descubrir la huella de Dios en masculino y en femenino.

El varón y la mujer reciben los mismos encargos: ser fecundos y dominar la tierra. La fecundidad se articula en el dominio: dominio sobre la tierra y sobre vida; sin embargo, es un dominio recibido de Dios, un dominio que hay que ejercer no como posesión sino en obediencia al único creador. No se trata un dominio celoso, ni tampoco de una conquista, sino de un don recibido que hay que vivir con responsabilidad. La tarea del ser humano es, pues, ejercer su dominio sin olvidarse jamás de que imagen de Dios, pertenece a la tierra es una criatura dependiente del Creador.

En cierto momento, Dios contempla la creación del ser humano y la retiene incompleta a causa de la soledad que sufre. De hecho, el ser humano no ha sido creado para la soledad sino para la relación, para comunicarse, para compartir. Y he aquí que Dios le ofrece la oportunidad de descubrir la alteridad, que descubren tanto el varón como la mujer, porque alteridad es el otro, cualquiera que sea.

Solo en la alteridad la persona manifiesta la propia humanidad en plenitud. No en vano, la primera palabra que el ser humano pronuncia es una palabra

de reconocimiento recíproco. Aceptar al otro es aceptar la diversidad, y solo quien acepta la diversidad es capaz construir unidad. La creación del varón y la mujer es, por tanto, el momento culminante de creación, un perfeccionamiento de la obra creadora de Dios, u revelación divina a la humanidad.

NURIA CALDUCH-BENAG

**Revista CPL Misa Dominical Centre de Pastoral Litúrgica – Septiembre
2017**